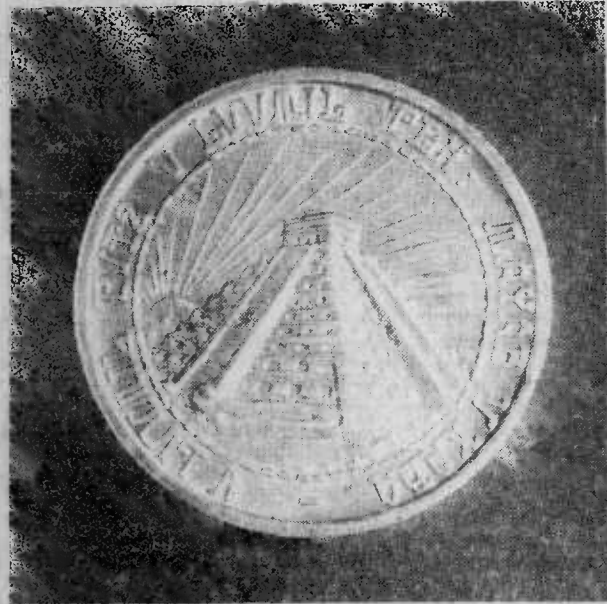




Las dos caras de la medalla conmemorativa



Efemérides

El IV Centenario de Mérida

Por FAUSTO A. HIJUELOS FEBLES

El próximo 6 de enero de 1984 se cumplirán 42 años de los festejos del IV Centenario de la fundación de Mérida, la de Yucatán. Casi medio siglo ha transcurrido, rápidamente, inexorable, y bueno es recordar, los que con juvenil entusiasmo participamos en esa fausta conmemoración, algunos de los incidentes, trabajos y hechos que entonces se presentaron.

Desde mucho antes de la fecha de la celebración, con dos o tres años de antelación, la Liga de Acción Social de Mérida, presidida por el Lic. Gonzalo Cámara Zavala, se dio a la tarea de planear y organizar los programas de festejos, que se quería fueran rumbosos, con la participación del pueblo todo de Yucatán.

La organización no era fácil, ya que desde el principio se dejó sentir la decidida cuanto inesperada oposición del gobernador de Yucatán, que en esa época lo era el Ing. Humberto Canto Echeverría. Este obstinado aborigen (no fuera propio llamarlo indio, para no ofender a los esforzados y sufridos hombres del campo de mi tierra) tenía, como "cerebro mágico", al ilustre poeta y dramaturgo Antonio Mediz Bolio, el que desde la sombra, sin dar la cara, manejaba a muchas de las decisiones del gobernador. Fue en esa época cuando extrañamente Mediz Bolio, el más hispanista de nuestros poetas, cantor como nadie de la hidalguía española, para halagar al "Pich" Canto le sugirió que le cambiara de nombre al Paseo de Montejo, la hermosa avenida emeritense, por el de Nachi Cocom, el sanguinario cacique maya. Sugerencia que ufano acató Agustín "Cuxo" Franco Aguilar, presidente municipal.

Por cierto que a los dos días de haber sido develizada la placa de bronce con el nombre de Nachi Cocom, fue "robada" por guasones que querían ridiculizar al cambio de nombre.

Y al recordar esto, nos vienen a la mente los sonoros versos del autor de "Manelik":

¿...Aguilera, Manrique, Zabala, Juan Lanuza,
Estévez...? ¿Cuál el nombre del bizarro arquitecto?
¿Quién trazó en desdoblado pergamino la gracia
señoril y el austero
semblante de este pórtico? ¿Quién puede con su
nombre
esculpir junto a un "fecit" la gloria en su recuerdo?
¿Quién fue el soldado artista
que descinóse el peto
a la sombra sagrada de una ceiba aborigen,
junto al desmoronado recinto de los templos,
quizás sobre un gran ídolo descabezado, un día
sentóse y puso manos al dibujo soberbio?
¡Oh, monumento insigne,
hidalgo monumento!

Así le cantaba el excelso poeta a la casa del fundador de Mérida: Francisco de Montejo. El Mozo.

Para muchas personas fue increíble que siendo Mediz Bolio el más ferviente cantor de las gestas hispánicas, enaltecedor por excelencia de todo lo español, en esa ocasión fuera el más acérrimo opositor a las festividades por el aniversario de la fundación de Mérida, que era este el objetivo, y no la glorificación de Montejo, ni mucho menos nada que ofendiera al sentimiento y al respeto por la raza maya, contrariamente a lo que penetró en la dúctil mentalidad del "Pich" Canto. Era la recordación de la fundación de la ciudad, nada que significara revivir épocas pasadas, ni rencores olvidados; no era un remedo de pasada lucha racial, como posiblemente por equívoca interpretación, se empeñó en sostener el gobernador, al grado de que hasta llegó a amenazar con que ese 6 de enero entrarían a Mérida 200 indios de Canxoc —remoto pueblecillo del oriente de Yucatán, que tenían fama de aguerridos— armados con machetes, para acabar con las festividades. Con primitivo espíritu tremendista, Canto Echeverría imaginaba el correr de la sangre en Mérida, y, durante, su subconsciente proyectaba su pobre figura a una moderna Guerra de Castas.

Claro que llegó el 6 de enero de 1942 y no pasó nada. No armó el gobernador a los indios de Canxoc, ni corrió sangre

(Pasa a la página nueve-C)

EL IV CENTENARIO DE MERIDA...

(Viene de la página seis-C)

por las tranquilas calles de la ciudad, en la que el pueblo todo se desbordó ese día en sana y saludable alegría, en tanto que el mandatario yucateco, humillado, tuvo que refugiarse, con un grupo de amigos cortesanos, en una de sus haciendas, hasta donde con cabal sentido del humor, divertido fue el secretario de Educación Pública, Lic. Octavio Véjar Vázquez, quien con la representación del Presidente de la República había llegado a Yucatán para presidir la celebración.

Pero no hay la intención de recordar en estas vicencias retrospectivas hechos deplorables de algunos yucatecos convenencieros. No. En cambio, sí que hubo en esa ocasión acciones positivas. Aparte de las muchas festividades, de diversas índoles, que se efectuaron y que resultaron brillantes, se publicaron varios libros, entre los que relacionamos:

"Visiones de Mérida", de don Carlos R. Menéndez, edición de 210 ejemplares numerados, que a la vuelta de 42 años ha enriquecido su calidad de joya bibliográfica (me cabe el honor de ser poseedor del ejemplar 117).

"La Casa de Montejo", de J. Ignacio Rubio Mañé, que editó, si mal no recordamos, la Liga de Acción Social.

Don Carlos Buendía Lara escribió el drama histórico en cinco actos "Conquista y Fundación" y Gabriel Ferrer de Mendiola publicó "Nuestra Ciudad: Mérida de Yucatán".

"Mérida", monografía, con patrocinio de la Secretaría de Educación Pública, y "Mérida, Antigua y Moderna", que editó el "Centro Yucateco", de México, D.F., ambas obras del que esto escribe. Ahora, a la distancia de la marca de casi media centuria, será curioso relatar cómo nacieron estos dos libros y no resistimos la tentación de hacerlo:

En la ciudad de México funcionaba un comité organizador de la conmemoración del IV Centenario de Mérida, coordinado con el de la capital yucateca, y que presidía el profesor Arturo Pachó Marín; y yo era el secretario. Teníamos sesión cada semana, en una escuela de las calles de Bolivia de la que era director el profesor Arsenio Rosado Paredes, entusiasta colaborador. Cierta noche de sesión se presentó allí el escritor Octavio Madero, con un libro de su autoría dedicado al IV Centenario de la ciudad de Morelia, Mich., que acababa de conmemorarse. Madero solicitó la documentación necesaria para hacer una cosa similar, referente al IV Centenario de Mérida, y la asamblea acordó que Fausto Hijuelos se encargara de reunir esa documentación.

Cabe mencionar que en esto de desempeñar comisiones y hacer algún trabajo relacionado con los proyectados festejos, muy pocos cumplían. Puede decirse en verdad, que Carlos A. Echánove Trujillo, Roger Cámara Zavala, Pachó Marín, Jesús Amaro Gamboa, Hijuelos Febles y alguno otro eran los únicos que realmente trabajaban en ello, pues en cuanto a los demás, que eran muchos, si se les daba alguna comisión su temperamental respuesta consistía en dejar de asistir a las juntas y eso era todo. La comisión había que darla de nuevo, a alguno de los antes citados, para que se cumpliera lo acordado. El que esto escribe, además de atender lo relacionado con el proyecto de las medallas conmemorativas, que estaba bajo su responsabilidad y del que hablaremos más adelante, se dedicó con empeño a visitar bibliotecas, públicas y particulares, en la búsqueda del material histórico y literario necesitado por Madero. La biblioteca de Echánove Trujillo, selecta y ordenada, sirvió de gran apoyo para realizar el trabajo, en el que fue constante el escribir y contestar cartas a Yucatán, dirigidas a todos los escritores e intelectuales amigos, urgiendo su colaboración; y todos respondieron espléndidamente.

Transcurridos más de cinco meses, llevé a la junta los originales de un voluminoso libro titulado "Mérida", y lo vieron con interés todos los presentes, que eran muchos; lo hojearon, leyeron algunos capítulos, y los complació el trabajo. Y fue el Dr. Amaro Gamboa quien, práctico y expedito, se paró y explicó a la asamblea:

—Señores, el libro ya está hecho. ¿Se le va a dar a alguien para que lo firme, no más? No me parece correcto; que lo firme el que lo hizo, Hijuelos, quien puso dedicación y acierto en el trabajo requerido, ya que, ahora, sólo resta la tarea de que se publique.

Las palabras de Chucho Amaro fueron convincentes, claras, y sin más el asunto quedó resuelto.

Vino en seguida la decisiva ayuda de Efraín Brito Rosado: nos presentó con el secretario de Educación Pública, Lic. Véjar Vázquez, el que nos dio todo su apoyo para la edición del libro, así como para la celebración de las festividades.

De los originales del libro "Mérida" tuve que hacer una minuciosa reordenación, de la que resultaron dos volúmenes, que son los ya conocidos, publicados hace 42 años: Uno, "Monografía", como un florilegio, un canto de homenaje de los poetas de Yucatán, analectas en la honra del cumpleaños de la ciudad capital. Y el otro, "Mérida, Antigua y Moderna", con fines de divulgación turística, en inglés y en español, un compendio o resumen explicativo de lo más destacado de la historia de la ciudad.

Hay que hacer notar, que si ahora es poco menos que una odisea publicar un libro, en aquel tiempo, hace casi medio siglo, era algo insólito, extraordinario.

También el Comité de México se avocó a la tarea de llevar al cabo lo relativo a la emisión de timbres postales conmemorativos, al igual que a lo concerniente a las medallas de que hablé antes.

Asimismo, fui designado por la asamblea, después de discutirlo y aprobarlo, para hacer el proyecto de las medallas conmemorativas y atender todo lo relativo a la fabricación de éstas, para lo que tuve que documentarme en la Casa de Moneda. Hecho el proyecto de las medallas, lo llevé a la asamblea, y fue aprobado (dos dibujos de poco menos de un metro cuadrado). Con ese proyecto había que hacer una maqueta o matriz de yeso, que sería el patrón que me habían pedido en la Casa de Moneda, donde con el pantógrafo, lo reducirían al tamaño deseado... Para el trabajo de escultura me dirigí al inolvidable amigo Leopoldo "Polín" Tommasi López, el que después de escucharme y ver el proyecto, confirmando su amor por las cosas de Yucatán, me dijo:

—¡Tengo al hombre que se necesita para este trabajo!

Y a los dos días me presentó con Ceferino Colinas, un competente grabador español de la Casa de Moneda Madrid, que acababa de llegar a México, con más de veinte años de experiencia allí, más los que había trabajado en la Casa de Moneda de París, de donde venía.

Para los que no conozcan las medallas, diré que éstas tienen en una cara, el castillo de Chichén Itzá, símbolo de la raza maya del ayer, con un sol de rayos fulgurantes, que salía detrás del castillo, y la leyenda con letras mayistas: U LUUMIL CUTZ U LUUMIL CEH: MAYAB U KABA, que traducida al español, poéticamente quiere decir: "La Tierra del Faisán y del Venado, Mayab es su nombre".

Y por la otra cara tiene el escudo de la ciudad de Mérida, con el título de "Muy Noble y Muy Leal" que le dio el rey Felipe III, y la leyenda: * IV CENTENARIO DE LA FUNDACION DE MERIDA, YUCATAN * 1542 ENERO 6 1942 *.

Las medallas fueron hechas en bronce y tienen un diámetro de 39.5 milímetros, por 2.5 de grueso. Ceferino Colinas interpretó fielmente el original proyecto e hizo un hermoso trabajo. El resultado fue una preciosa medalla conmemorativa. La edición fue de mil piezas y en la Casa de Moneda cobraron por la acuñación \$200.00. Colinas no cobró nada por su trabajo, creo que por indicación de "Polín" o por la amistad que llevaba con él. Esos \$200.00, mucho dinero en ese entonces, los facilitó prestados Agustín Vales Guerra, por sugerencia del maestro Lic. Vicente Peniche López, del que era cliente, pues le veía asuntos relacionados con sus negocios. Yo personalmente fui a la oficina de Vales Guerra, en las calles de Dolores, a recoger los doscientos pesos, que me entregó la secretaria Margarita Díaz Buenfil, mediante recibo que firmé.

Recogí las medallas en la Casa de Moneda y se las entregué al Lic. Peniche López, que era el tesorero. Reunidos de la venta de ellas, los primeros \$200.00 se los llevé a Vales Guerra y recogí el recibo que había firmado. Quizás no debiera decir que, probablemente por falta de atención al asunto, muchas personas no liquidaron las medallas que recibieron para su venta, entre las que son de recordar el Dr. Celiano Pérez Vargas, dirigente de un llamado Club Thalia, los componentes del cual, además de que no aportaron ningún esfuerzo a la realización de las medallas, si se aprovecharon de ellas. ¡Dijérase que así es la vida desde siempre!

Para contrarrestar la campaña publicitaria que el gobierno estatal hacía en contra de nuestros propósitos, habíamos conseguido en la revista "Todo" —fundada por Félix F. Palavicini y entonces administrada por Armando Manzanilla y dirigida por el competente periodista yucateco Arturo Cisneros Peña—, espacio para publicar cada semana sendas y hasta seis entrevistas breves que me concedieron personalidades de la capital, principalmente gente de Yucatán, contestando a las preguntas: ¿Debe de ser festejado el IV Centenario de la fundación de Mérida? ¿Si usted festeja su cumpleaños, por qué la ciudad no? Por lo demás, el propio Canto Echeverría rumbosamente se agasajaba, cuando su santo, con la consabida cauda de quienes lo llenaban de halagos.

Del esclarecido sociólogo Echánove Trujillo y de Roger Cámara fue la idea de que visitáramos al Lic. Nemesio García Naranjo para pedirle que escribiera en favor de nuestra causa en el "Diario de Yucatán" y en la revista "Hoy", de Regino Hernández Llergo, muy leída y de gran circulación.

Concertada la cita con García Naranjo, a las siete de la noche de un día de fin de semana puntuales estábamos los tres en la casa del ilustre orador y periodista, Roma 8, en la Colonia Juárez. El brillante autor de "El Proxenetá del Caudillo" nos recibió amablemente, en su biblioteca, y al oír nuestra solicitud inmediatamente accedió gustoso a escribir varios artículos para el "Diario de Yucatán", pero en lo referente a "Hoy" nos indicó que tendríamos que hablar con Hernández Llergo, para que éste autorizara su publicación en la revista.

Salimos los tres muy complacidos, pasadas las ocho de la noche, de la casa del maestro García Naranjo, y quedamos de acuerdo en que al día siguiente iríamos a ver a Hernández Llergo para pedirle su ayuda en nuestra desigual lucha. También él, combativo periodista de origen tabasqueño, nos recibió afectuosamente, y a pesar de estar muy ocupado, escuchó atentamente la exposición de nuestros deseos e intenciones; pero nos pidió que le lleváramos un memorándum, explicándole más ampliamente el asunto y lo que queríamos, aunque solo le pedíamos la publicación de los artículos que escribiría García Naranjo.

Me negué a colaborar en la redacción de tal memorándum y mi oposición llegó hasta a decirles a mis dos compañeros que nos olvidáramos de Hernández Llergo. Echánove y Cámara no hicieron caso a mis palabras y a mis sospechas; hicieron ellos solos el memorándum e igualmente solos lo llevaron a Regino.

García Naranjo, cumpliendo su generoso compromiso, escribió los artículos, que sólo se publicaron en el "Diario de Yucatán".

Posteriormente, en un encuentro ocasional en el Hotel Gillow, con el gobernador Canto, éste me dijo burlescamente, tartamudeando, como hablaba:

—Ahí te-te-tengo el me-memo-morándum de ustedes, que me-me lo-lo dio Regino.

Y, naturalmente, muchos piensan que no ha de habérselo dado sin más, graciosamente, como pudiera pensarse...

Pocas gentes quedan, que vivieron aquellos lejanos hechos que ahora relatamos con el deseo de que la historia los recoja y diga a las generaciones futuras algo del IV Centenario de la fundación de Mérida, nuestra amada y recordada Mérida.— F.A.H.F. México, D.F.